

EL JUEGO Y LA EDUCACIÓN MORAL (1)

Leyendo los diarios de Buenos Aires, ha sido para mí una nueva y dolorosa sorpresa saber que al finalizar el corriente año se habrá jugado en esa ciudad, solamente en las carreras, más de cien millones de pesos.

Permanecí helado ante la cifra. La imaginación representóme los hogares numerosos de donde, junto con el dinero, huye el bienestar, base de la buena inspiración. Imaginé el exacerbamiento de la neurosis del juego, haciendo presa en los padres y en los hijos, por encima del afecto y del respeto constituyentes del alma de la familia. Consideré el ausentismo de los ideales, correlativo á un estado de apasionamiento servil, como es el estado de jugador. Y, mirando al pasado, deduje un contagio progresivo, desde el tiempo romántico de nuestra ingenua sociedad criolla á los días de hoy, contaminados de novedad sin análisis, de sensualismo inferior, de culto al dinero.

¡Cuánto bien, cuánto porvenir podría gestarse con esa suma de cien millones! ¡Cuántas almas redimidas del pecado original de la ignorancia; cuántos cuerpos regenerados por una nutrición suficiente y una higiene racional!

Esa maravilla brotada de sus manos, la Universidad Nacional de La Plata, donde reciben pan espiritual más de dos mil jóvenes, se fundó con menos de treinta millones. Y en sus comienzos, Harward y Cornell no poseyeron acaso mayor patrimonio. Con esos cien millones jugados criminalmente á la faz de la república agobiada de analfabetismo, víctima hoy, además, de una real y verdadera crisis del trabajo agrícola, podría completarse la educación primaria en el país fundando las escuelas que faltan, é iniciando después el rigor que hace obligatoria la ley de enseñanza primaria. Esos cien millones echados á rodar para fomento del vicio argentino, pudieron constituir el fundamento de la regeneración nacional, que surgirá infaliblemente de la educación pública, del hogar fundado por elementos cultos y patriotas, después.

Puede imaginar, doctor amigo, lo amargo de la pena en quien, hallándose alejado de la patria, la ve amenazada en manera grave.

(1) Carta dirigida por el doctor Gache al doctor Joaquín V. González, desde Barcelona

Qué hacer desde tan lejos; con quién hablar, á quién querellarse? Ustedes, los habitantes cotidianos del país, son más felices. Pueden afeár su vicio á los culpables, desahogar la indignación, dar la voz de alerta en el mismo seno patrio. Los desterrados, como yo, han de tragarse sus temores y sus angustias... ó buscar un confidente y una víctima...

Pero hay más. Este cáncer del juego no es de ayer. Hace ya muchos años que comenzara la danza de los millones. Hemos refinado la raza equina, imitando á la Europa del vicio, pero hemos introducido en el país el desequilibrio y el desorden. Se crearon intereses nuevos con los caballos de carreras, pero esos intereses trajeron nuevas necesidades, esclavizadoras del alma. Y la suma mayor de las necesidades tienen relación directa con la mayor suma de esclavitud. La libertad adviene con la ausencia de necesidad.

Frente al desastre moral, significado por ese derroche de dinero, expresión de vida y de energías disipadas, conviene meditar en el remedio posible, tanto más urgente y decisivo, cuanto más considerable es el mal.

Yo no veo sino dos factores de salvación: el hogar y la escuela. Hace poco el doctor Feinmann inauguraba ahí un programa de campaña contra el alcoholismo. Ciertamente el alcoholismo es una plaga terrible, muy extendida en nuestras provincias del Norte; pero no sé por qué no se ha incluido en ese programa los vicios afines del tabaco y el juego, formas diferentes de la misma neurosis que produce el alcohol.

Acaso esta omisión responde á las indecisiones mismas de la patología nerviosa, indefinida y siempre ineficaz, como toda ciencia que se desinteresa de la función social. Pero hoy sabemos ya que la nicotina produce estragos orgánicos equivalentes á los del alcohol y la morfina, y que sus últimos efectos coinciden en manifestaciones y consecuencias. Son, en suma, excitantes y estupefacientes.

En las sociedades de cualquier época, el hombre tuvo tendencia á excitar su organismo, por medio de agentes que obraran sobre el sistema nervioso superior. Veamos en esa tendencia ingénita el deseo de escapar á la monotonía de la existencia. Por ello Baudelaire aconsejaba la embriaguez contra el fastidio de lo gris y lo común. Matar nuestro demonio interior, esa angustia connatural del vivir, forjándose un paraíso, artificial ó no: he ahí la razón íntima y constante del esfuerzo humano. Queremos la felicidad á cualquier precio y por cualquier medio.

Y bien, pues. Si esto es así, solo la escuela y el hogar pueden desvanecer el error consistente en buscar la dicha donde ella no está y por medios que el verdadero placer repudia. No será feliz quien quiera sino quien sepa serlo. No son el juego, el alcohol, el tabaco, la morfina, el falicismo á ultranza — poderosos excitadores — no son esos los caminos del paraíso perdido. La felicidad reside en el fondo del alma y sus señales inequívocas nos las proporcionan la paz del corazón, el calor de la inteligencia y el sentimiento vivo de la solidaridad humana, manifiestas en los seres de elección.

La reforma de la psicología popular debe advenir por acción di-

recta sobre el alma de la masa social y el individuo, ejercida en los momentos más oportunos, es decir, durante la niñez y la adolescencia. Y ello está lógicamente encomendado á los maestros y á los padres.

Bien mirado, el juego es un despertador pasional. Jugamos porque en nuestro ser hay una pasión, ó más de una, que necesita alimento. Ese es el caso. Pero no advertimos que las pasiones pueden ser nutridas de muy variada manera. Ellas viven así del mal como del bien, de la fealdad y la belleza. Son fuerzas sin carácter propio, á quienes la razón puede dar un alma. Hay que educarlas, pues, y dirigir las por las ideas superiores, que son sus lazarillos. De este modo, una pasión guiada por el altruismo y la bondad, producirá un héroe ó un santo. Otra, nutrida en el egoísmo y la perversión, traducirá su dinamismo en actos antisociales. Por eso, en el jugador como en el alcoholista, hay siempre en latencia un delincuente.

La gran función del estado no es la de castigar el delito, sino la de preverlo y evitarlo. La sociedad que evita un ambiente de delincuencia, se muestra más sabia que limitándose á la aplicación de penas, después de consumados los hechos. Y en verdad que tal ambiente delictuoso puede prevenirse en parte muy considerable, por la educación. Hay que dar ideales á las pasiones.

Veo claro aquí una acción conjunta y admirable para la benemérita Sociedad de Beneficencia, formada por un núcleo selecto de damas argentinas. Comprendo que entre esas damas haya algunas esposas, hijas ó madres de carreristas y dueños de studs. La obra, por tanto, es difícil, pero en manera alguna imposible, aparte de que asume una belleza evangélica extraordinaria.

Las damas argentinas de beneficencia, forman hoy la base de lo que mañana, cuando la caridad se extienda á función oficial y regular, será una institución de la República para la República y para toda nuestra querida América. Instintivamente aplican ese sentimiento los gobiernos argentinos cuando votan dinero para socorrer desgracias en los países vecinos y hermanos.

Nuestras damas, constituídas en entidad social y política, no pueden, pues, ser ajenas á este mal que estoy comentando y que empaña la pureza del hogar argentino. La beneficencia y la moral son inseparables. Socorrer al que necesita alimentos para su cuerpo es bueno, sin duda, pero salvar las almas del vicio es obra más grande y más alta.

Para emprender esta cruzada benéfica, no es necesario introducir la guerra en el hogar. No se corrige un vicio por la violencia, sino por el amor. Un ser vicioso es un enfermo del alma que necesita asistencia y cariño. La cultura exquisita de nuestras damas, por otra parte, se presta admirablemente á esta obra de tacto y de piedad. No es imprescindible conminar autoritariamente al esposo y al hijo, sino sugerir, aconsejar con dulzura y con firmeza. Cuando nuestras madres, nuestras esposas, nuestras hermanas y nuestras hijas dejen de concurrir á los hipódromos, negándose culta, suave, pero resueltamente á la sugestión del hombre, las carreras habrán muerto

y el juego recibido un golpe formidable. He ahí cual podría ser la tarea magna y actual de la Sociedad de Beneficencia.

Gobernar es educar, ha dicho Vd. Yo creo lo mismo y hasta que ese precepto no forme base en el criterio de nuestros hombres públicos, la patria carecerá de rumbos ciertos. Poblar y educar es nuestro problema de hoy. Poblemos nuestros tres millones de kilómetros cuadrados con una inmigración sana y útil, cuyo crecimiento vegetativo sea exponente de selección. Eduquemos á fin de suavizar la convivencia y descubrir nuevos ideales y nueva belleza, que acerquen al hombre cada vez más á su excelso destino.

Pero no podremos poblar ni educar suficientemente y según las exigencias de la época, si los gobiernos, hoy principales factores de las grandes iniciativas, distraen la renta en obras que no son requeridas por la urgencia.

Bien está que la acción oficial propicie la colonización y la irrigación, por ejemplo. La segunda no se concibe sin la primera. Allí donde el régimen de las lluvias no es regular, ni conocido, fuera engaño querer colonizar, sin falta de agua. La agricultura tiene por base la tierra y el agua, conjuntamente, pues no hay vida vegetal sin humedad previa. Y entonces se comprende bien que los poderes públicos, así como se declaran colonizadores, lo sean por completo y de verdad, proporcionando á los agricultores elementos completos de trabajo: tierra y agua. Hasta aquí puede llegar la tutela del estado, con respecto á la acción privada.

Pero extenderla más allá, especialmente en un país de rentas escasas como el nuestro, no me parece juicioso. Poco quedará para la educación, si empleamos el dinero del presupuesto en obras complementarias, no fundamentales, como son los ferrocarriles, los caminos, los puentes, los puertos. Debemos convencernos de que hay capitales vitalmente interesados en construir aquéllos.

La educación, pues, en su faz complejísima de higiene del cuerpo y del alma, de modeladora del carácter y nutridora de la inteligencia, requiere mayor dedicación por parte de nuestros hombres de estado y una asignación más considerable en el presupuesto de instrucción pública.

Mas advierto que esta carta ha tomado proporciones que no imaginé al comenzarla. El tema me arrastró insensiblemente, por lo visto, y además, estas hojas escritas me han servido á maravilla para un desfogue que Vd. se explicará bien.

Reciba mis mejores afectos y que su creación de La Plata siga creciendo en belleza. Son mis votos. Salúdale muy atentamente.

A. I. GACHE.